

La aprendiz

Noelia Fernández



tombooktu.com

www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

#LaAprendiz

Colección: Tombooktu Erótica
www.erotica.tombooktu.com
www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:
www.nowtilus.com
Si eres escritor contacta con Tombooktu:
www.facebook.com/editortombooktu

Título: *La aprendiz*
Autor: © Noelia Fernández

Elaboración de textos: Santos Rodríguez
Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Diseño de cubierta: Santiago Bringas

Copyright de la presente edición en lengua castellana:
© 2016 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027, Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Papel: 978-84-16692-06-4
ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-16692-07-1
ISBN Digital: 978-84-16692-08-8
Fecha de publicación: Junio 2016

Impreso en España
Imprime: Servicecom
Depósito legal: M-15103-2016

Sólo cuando consigas liberar el cuerpo de la mente,
conocerás la libertad.

A mis padres

Índice



1	11
2	21
3	33
4	43
5	57
6	63
7	73
8	83
9	99
10	109
11	119
12	131
13	141
14	155
15	171
16	191
17	201
18	213
19	217

20	231
21	247
22	267
23	277
24	285
25	299
Epilogo	311
Agradecimientos	317

1



Me llamo Sophie, tengo veintinueve años y, al igual que muchos de los jóvenes que rondan la treintena, me encuentro sin sitio en la sociedad gracias a la falta de ayudas del Gobierno para contratar a menores de treinta o mayores de cincuenta. Dicen que somos el futuro. Yo mejor diría: «el futuro de mierda». Porque ¿qué futuro nos espera si cuando realmente tenemos la edad y los conocimientos para encauzar nuestra vida mirando hacia delante, nos dan una patada en el culo diciendo «ahora no es el momento»? Somos la primera generación que vivirá peor que sus padres por la falta de ese pequeño detalle que se llama futuro.

¡Espera! Se supone que no debo quejarme ya que al menos yo pertenezco al pequeño porcentaje de afortunados que podemos presumir de tener trabajo.

Actualmente ayudo a mis padres, mi tía y mis dos primas en un pequeño negocio que comenzaron mis abuelos hace sesenta años. Es algo pequeño y modesto, pero con encanto. Una pastelería-panadería situada en la plaza del pueblo, en la cual el pan sigue siendo pan y la mantequilla es mantequilla de verdad. Es un sitio muy acogedor con cuatro mesitas al fondo de la tienda que por la tarde siempre están llenas de señoras tomando chocolate caliente acompañado de bollos o churros. Me crié entre esas paredes. Pasaba las tardes haciendo los

deberes en una mesa de madera, mientras mi padre amasaba el pan o mi tía decoraba pasteles y tartas. He trabajado muchos veranos en ella, sobre todo en las temporadas de Navidad vendiendo los turrone y polvorone que mis abuelo preparaban en la trastienda. Recuerdo las colas que se formaban para comprar los mazapanes que mi abuela elaboraba con mucho amor. Había quien llegaba a hacer cola, que salía de la tienda y seguía hasta el soportal que está al doblar la esquina, durante más de una hora. De hecho, yo soy una gran cocinera. He pasado meses haciendo masa para empanadillas, pan, napolitanas de crema, e incluso intenté aprender la receta de los mazapanes de mi abuela, pero la verdad es que a nadie le salen como a ella. Pero con la que está cayendo en el país y la crisis que azota el pueblo, el negocio ha decaído bastante en los últimos años.

Así que aquí estoy, amasando pan para la quinta hornada del día en lugar de estar escribiendo artículos en un periódico o revista. Casi ocho años de mi vida tirados a la basura. Tengo una carrera, un máster, cursos de mecanografía, prácticas... pero para las empresas ya he tenido demasiados contratos como becaria o en prácticas, cosa que es verdad.

—Sophie, cariño, cuando metas el pan en el horno, sal con tu prima a despachar. La tienda se está llenando.

—De acuerdo, tía.

El pan me sale muy bien, pero soy lenta. Así que cuando hay gente atiando y la verdad es que lo prefiero. Es menos cansado estar empaquetando pasteles, sirviendo las mesas, o cobrando, que peleándose con la harina para que cuaje como debe. Además, es divertido cuando atiando con mi prima Carla. Solemos fijarnos en los guaperas que vienen y luego comparamos a los chicos para decidir quién de las dos atendió al más atractivo del día. Y en nuestros ratos libres, cuando no tenemos nada que hacer en la tienda y nuestros padres trabajan dentro, aprovechamos para poner motes a todos nuestros clientes, en especial a los que son guapos, mientras dejamos volar la imaginación y les inventamos una vida en la que siempre, no sabemos el motivo, tienen un pasado oscuro. Aunque a veces nos importa poco si esa persona ya tiene

un apodo o no. Pues cuando naces en un pueblo pequeño y tu familia ha residido toda la vida en él, lo raro es que no lo tengas, ya que los mote son como la genética: pasan de generación en generación.

Por ejemplo, a un chico que viene todas las tardes a por un pan de nueces y pasas con su ropa de correr, le hemos apodado el Vigilante. Siempre entra trotando y mientras le despachamos sigue dando saltitos en el sitio. Decimos de él que corre cuando las mujeres le descubren mirándolas por la ventana al cambiarse de ropa. Entonces, el Vigilante sale galopando, se esconde en nuestra panadería y disimula comprando pan. Todos los días a la misma hora y nunca cambia su dieta. ¿Quién no comete nunca el pecado de comerse un bollito de mantequilla?

Luego está el Gigoló, un chico de unos veinte años que cada semana cambia de chica. Creo que ya no le queda ninguna chica del pueblo por conquistar. Y las que quedamos, preferimos hacer voto de castidad antes que liarnos con él. Aunque por ahí he oído decir que la hija del Tuerto, que no es que esté tuerto, pero su abuelo sí, se lió con él el verano pasado en la caseta de socorristas de la playa de Tregandín. No es que a mí me importe. Pero ella decía que nunca se liaría con un chico que se hubiera enrollado con todas sus amigas.

Otras de nuestras víctimas son el Lorzas, el Granos, pobre, este último se pasó toda su pubertad con la cara llena de espinillas y le hemos puesto el mismo mote que tenía en el colegio. Otro es el Violador, otro el Caballo, todo un semental que con la jubilación se ha divorciado y ahora se pasa el día en clubes fuera del pueblo en los que se gasta media pensión.

Luego está la Sole, que en realidad se llama Sabina, pero pobres de nosotras si viene en un momento que no haya gente. Está tan sola la pobre que viene todos los días a comprar media barra de pan en busca de charla y a contarnos qué es lo que le ha oído a su vecina decir mientras accidentalmente, pero sólo accidentalmente, miraba por la mirilla de la puerta. Vamos, lo que viene siendo nuestra Radio Macuto. Si ella no lo sabe es que no ha pasado.

—¿A quién doy?

Salgo a la tienda atándome el delantal a la cintura y sin mirar pregunto, en un tono tan alto que parece que grito a quien despacho, mientras termino de hacer el lazo.

—A mí.

—¿Qué te pongo?

Levanto la cabeza para mirar a la persona que ha pedido el turno, pero cuando mis ojos lo ven me quedo flipada, y freno en seco como si mis pies se hubiesen pegado al trozo de baldosa que pisan.

Cuando vives y trabajas en un pueblo como Noja, todas las caras te suenan, y reaccionas de manera extraña cuando aparece alguien nuevo y no es ni Semana Santa ni verano. Incluso sin preguntar, ya sabes que esa persona tampoco es de por aquí y mucho menos de los pueblos de alrededor. Más que nada, porque si es de Escalante, Castillo, Arnüero o de otro pueblo cercano, todos nos conocemos. Al igual que es difícil guardar un secreto durante mucho tiempo.

—Una palmera de chocolate, dos napolitanas y una docena de palmeritas de coco. Las pequeñas se piden así, ¿verdad?

Agito con suavidad la cabeza para ponerme las pilas y dejar de parecer una estatua.

—Sí. —Levanto los hombros restando importancia a su pregunta, que me parece que no tiene sentido. No sé cómo pedirá este las palmeras donde quiera que viva, pero vamos, que son unos hojaldres con forma de corazón de toda la vida. ¿Cómo narices quiere pedirlos?

Es alto, moreno, con barba de dos días y un peinado desenfadado. Sus ojos brillan como la miel. Lleva un jersey rojo con dos líneas blancas a la altura del pecho y unos pantalones vaqueros oscuros.

A decir verdad, la vida en Noja es un tostón cuando eres joven y buscas cosas nuevas. Ya sabéis. Esa edad en la que sólo quieres experimentar... Aquí no hay gran cosa que hacer. Por haber, apenas hay tiendas de ropa. Eso sí, para ser un pueblo de unos dos mil quinientos habitantes, otra cosa no, pero tenemos peluquerías y bares para estar todo el día repeinados y felices. Aunque tengo que aceptar que, por otro lado, tiene un encanto que enamora.

—¿Para llevar?

—No, eso es sólo el entrante —me sonrío.

Me quedo quieta tras el mostrador sabiendo lo que me ha pedido pero incapaz de moverme. Sus ojos me llaman especialmente la atención.

—¡Perdón! —Hasta que al fin reacciono y recuerdo que estoy allí para atenderle por mucho que su presencia me haga sentir algo incómoda—. Hoy tengo la cabeza que no la he perdido por que la tengo pegada al cuerpo.

—Tranquila.

Cojo las pinzas y varias bolsas de papel de estraza sin dejar de mirarle y me doy la vuelta para preparar su encargo.

Según entras a la panadería, a mano derecha hay una cámara refrigeradora donde están expuestos los pasteles y tartas que necesitan una conservación especial. Justo a su lado comienza el mostrador, que es largo y de madera de nogal y se extiende por todo el establecimiento y casi hasta la pared, en la que hay un espacio para poder entrar y salir. Esta, además, está recubierta de baldas también de nogal, donde colocamos toda la bollería y panes que horneamos cada día.

Mi prima pasa a mi lado y me sonrío. Siento que detrás de esa sonrisa irónica se esconde ella apuntándome con el dedo mientras se aguanta las ganas de reírse de mí. O sea, dicho de otra forma, de la tonta de turno.

—¿Así que no has perdido la cabeza porque la tienes pegada al cuerpo? —me dice muy bajito, colocándose a mi vera mientras ella se encarga de despachar a otro cliente y no deja de mirarme ni de estudiarme.

—¡Chsss! Nos va a oír...

Sigo sonriendo mientras con el rabillo del ojo compruebo que el chico moreno no ha oído las palabras de mi prima. Siempre lo hago cuando estoy tras el mostrador. Es importante que el cliente se lleve una buena impresión del sitio para que vuelva, sobre todo por cómo están las cosas a cuenta de la maldita crisis.

—Se te ha visto el plumero, cariño.

—¡Chsss!

Me acerco con todo al mostrador y lo apoyo encima, dándome cuenta de que tengo el pulso tembloroso.

—¿Alguna cosa más? —pregunto a la vez que cojo una bolsa de plástico para ir metiendo todos los paquetes de papel dentro. Sólo espero que él no se dé cuenta.

—¿Hacéis café para llevar?

—Los mejores de la zona cuando los prepara ella —salta mi prima.

¡Yo mato a Carla! Juro que un día en una de estas la amaso y la meto al horno. Creo que no la echaría de menos. Bueno, quizá sí. Seguramente acabaría sintiendo nostalgia y deseando que estuviese conmigo la próxima vez que me aburra en la tienda.

—Pues ponme un café para llevar. —Tengo la sensación de percibir una sonrisa en sus labios.

—¿Cómo lo quieres? ¿Solo o con leche? —Intento parecer jovial. Incluso muevo los brazos fingiendo un entusiasmo que no siento.

—Sólo. Y muy corto. —Su voz suena con mucha seguridad—. Me gusta muy fuerte.

Levanto las cejas y abro los ojos de par en par.

—Veré que puedo hacer por ti. —Y me pongo en marcha para intentar satisfacer a este cliente tan guapo como misterioso.

Tengo la sensación de que me observa, pues no aparta la vista de mí ni un solo segundo. Noto un cambio en su mirada. Como si algo en sus ojos se nublara y siento un escalofrío, pero seguro que es sólo mi percepción. La gente nueva me pone nerviosa al principio.

—Y también muy intenso —añade.

La palabra «intenso» suena como un eco sin fin en mi cabeza durante el minuto que tardo en servir su café. ¿Intenso? Un escalofrío recorre mi espina dorsal a la vez que me siento completamente observada. No, mejor dicho, me siento analizada. Y me estiro para ponerme recta como un palo en señal de alerta.

La máquina de expreso está montada en un mueble diferente situada justo en la salida del mostrador. Está situada en un lugar estratégico ya que, aunque demos la espalda a los clientes mientras preparamos los cafés, podemos observar todo el local. Y que, además, nos sirve para que haya una pequeña

separación de la puerta, que no sé por qué lo decimos así, ya que sólo hay unas cortinas para que la gente no vea la trastienda.

En un minuto estoy de vuelta con su café y le indico dónde tiene los azucareros y las cucharas para que lo endulce a su gusto.

—Lo tomo solo.

—Ok. Pues aquí tienes tu café. —Lo dejo junto a la bolsa de la comida poniendo énfasis en la palabra café, ya que lo ha pedido de una forma tan «exigente»—. Solo, corto, fuerte e...

—Intenso —decimos la palabra a la par.

Yo solamente lo había dicho de esa forma para reírme un rato, pero él parece buscar ponerme nerviosa y lo peor es que lo está logrando.

Entrecierro los ojos ante la situación, mientras inhalo aire con fuerza y lleno mis pulmones. Creo que me mareo. Si hay cámaras ocultas puestas por aquí, por favor, que salgan ya.

Marco todo lo que lleva en la máquina y cojo el billete que me ha dejado en el mostrador para cobrarle. Y, cuando voy a darle las vueltas, nuestras manos se rozan, siento una chispa de electricidad que me hace soltar el dinero de golpe mientras aparto la mano y me alejo del mostrador dando un paso atrás.

—¡Ay! —protesto.

—Menudo calambre. Eso es que tienes mucha energía.

Su mirada es fría y parece no haber sentido el calambre con la misma intensidad que yo. Es algo inexplicable. Es una frialdad que te aleja pero que sin querer te atrapa y no puedo evitar mirarle sin pestañear mientras me justifico, y muevo mi mano abriéndola y cerrándola varias veces para recuperarme del chispazo.

—Será. Hoy he debido desayunarme a Hulk.

—Gracias y cuida esa energía. —Me guiña un ojo.

En ese instante, al guiñarme un ojo, algo en su mirada cambia. Se vuelve en cierto modo afable, incluso parece que sus ojos estuvieran elaborados con una miel dulce y brillante. Como una piedra de ámbar.

—Hasta luego —le despedimos mi prima y yo.

Cuando lo veo salir por la puerta, necesito unos segundos para recuperarme del shock y seguir despachando.

Tras el cierre, mi prima me insiste en que nos tomemos una copa por la plaza y la acepto.

Vamos al bar de al lado, que además de comprarnos el pan para las tapas, cuando no nos hace un descuento, nos pone alguno de los pinchos porque ya sabe que a la hora del cierre seguirán expuestos en la barra.

—¿Qué ha sido eso? Lo de esta tarde.

—Nada.

—¡Venga ya! Si babeabas por el tío ese. Tiene pinta de ser majo.

—Oye, ¿es nuevo, no? —pregunto curiosa.

—Yo lo vi un par de veces la semana pasada, aunque no recuerdo si atendí yo o mi hermana Sonia. Creo que vino cuando tú estabas en la trastienda.

Sonia es mi otra prima. Tiene sólo dieciséis años y nos ayuda cuando puede entre exámenes y trabajos para sacarse unos euros para sus gastos. Es completamente diferente a Carla. Esta tiene el pelo moreno y completamente rizado y Sonia es rubia con el pelo por la cintura y liso como una tabla. En cambio, los ojos los tienen del mismo color azulado.

—¡Ah! —digo quitando importancia a la charla.

—¿Ah?

—Sí —intento fingir indiferencia, pero otra cosa muy distinta es que llegue a lograrlo—. ¿Qué quieres que diga si no?

—¡Que te ha gustado!

—¡Anda ya, tía!

—¡Te ha gustado, pillina! A mí no me puedes mentir, esa media sonrisa te delata. Además, todavía no has propuesto mote para él —ríe divertida.

—No he tenido tiempo —respondo con una sonrisa mientras bebo del botellín de cerveza para librarme del interrogatorio de mi prima—. Es un poco extraño, ¿no te parece?

—A mí me pareció bien normal.

—Café solo, fuerte, intenso y corto. ¿Alguna vez te han pedido el café intenso y fuerte?

—Seguro que en alguna ocasión me pidieron el café fuerte. No lo sé. —Se queda pensando—. Ahora no caigo. Pero ¿qué más

da? Le habrás caído en gracia después de quedarte quieta tras el mostrador sin quitarle los ojos de encima, y querría hacer la coña. Porque parecía que eras tú la que quería comérselo, ¿eh?

—Te has comido un pez payaso hoy y todavía no has hecho la digestión —le digo mientras suspiro y bebo bajo la atenta mirada de Carla.

Sí, era guapo. Muy guapo. Estoy de acuerdo. Pero no con la parte que dice que me lo quería comer. Sólo que era ganado nuevo y había que examinarlo bien. ¿De acuerdo?

—Creo que necesito dormir, Carla. Llevo en pie desde las seis y ya no puedo más.

—Venga. Vamos cada una para nuestra casa que voy a ver si tu tía ha puesto de nuevo pez payaso para cenar. ¡Ja, ja, ja!

2

Durante los días que siguieron, el chico moreno del café muy corto nos siguió amenizando la jornada con su visita.

Ya me había acostumbrado a él y ahora era yo la que le decía:

—Aquí tienes. Tu café solo, fuerte y muy intenso. En su punto, como a ti te gusta. —Yo ya comenzaba a preparárselo apenas escuchaba tintinear la campanilla que mis abuelos habían colocado a la entrada para que se oyera desde la trastienda cuando alguien abriese la puerta—. ¿Qué te pongo hoy? —Y le sonreía mirándole a esos ojos felinos, los cuales me tenían atrapada y perturbada a partes iguales.

Ese chico se había convertido en un misterio para mí hasta tal extremo que, en los últimos días, por las noches soñaba con él y, durante el día, la cosa no cambiaba, pues no conseguía sacarlo de mi cabeza. En mis sueños, cuando le hacía la pregunta para saber qué quería que le pusiera para comer, me respondía «a ti» y después comenzaba a besarme con vehemencia, arrancándome el delantal y la ropa. Me tiraba bocabajo sobre el mostrador y me sujetaba con firmeza. Me hacía un poco de daño al sujetar mis manos con las suyas en la espalda, pero en el sueño gemía. Podía sentir cómo

sus dedos memorizaban cada recoveco de mi piel mientras se tumbaba sobre mí y notaba su cálido aliento en la nuca y yo separaba las piernas, levantando el trasero para recibirlo en mí. Y... ahí acababa el sueño siempre. Yo me despertaba con la respiración entrecortada, casi jadeando. Después de eso, siempre me levantaba de la cama, iba a la cocina para beber un vaso de agua de la nevera y me relajaba calmando el éxtasis que me había provocado. Me quitaba las bragas, las depositaba en el cubo de la cesta sucia, empapadas, y al regresar a mi cuarto, me ponía unas limpias y seguía durmiendo. O, al menos, lo intentaba.

Era el pan nuestro de cada noche. Lástima que sólo fuera un sueño... Pero, por ahora, podía alimentarme de mis propias fantasías.

Generalmente, mi horario en la panadería es de mañana. Y sólo trabajo de lunes a viernes, a excepción de la temporada estival y alguna que otra ocasión en la que Noja se llena de gente y todos trabajamos muchas más horas. Pero no es habitual que trabaje un sábado o domingo. Suele ser algo esporádico, por ejemplo, cuando alguien enferma.

Pero, por lo general, en enero las cosas suelen estar muy tranquilas. Entre semana teníamos muchos pedidos gracias a las oficinas que habían abierto unos meses atrás en nuestro edificio, como la redacción de un periódico o un estudio de televisión desde donde, en alguna ocasión, transmitían las noticias de Cantabria; pero los fines de semana volvíamos a ser los de siempre y todo era demasiado tranquilo. Pero este era un sábado en el que me había tocado ir a media mañana para preparar los lazos de unos pasteles que debíamos entregar el domingo en una boda. Teníamos un encargo de los gordos, de esos en los que te juegas futuros pedidos, ya que de una boda suele salir otra. Así que había que enamorar los paladares de todos los invitados al evento para que, si alguno estaba próximo a contraer nupcias, se acordara de nosotros. Y si no salía otra boda, seguro que saldría algún divorcio y al menos nos encargarían los

dulces para pasar el mal sabor de boca, ya que la última moda es celebrar la separación con una buena fiesta que parece devolverte a la vida.

Ese sábado, cuando cerramos la pastelería a las tres, toda mi familia hizo piña alrededor de la mesa de trabajo para acabar con el pedido lo antes posible y, gracias a nuestro empeño, pude salir a tiempo para quedar con Nerea, una vieja amiga de la universidad en Santander.

Volver a Santander siempre me hacía recordar mi época universitaria, ya que durante ese tiempo residí en un piso compartido allí, saliendo como una loca. Daba igual qué día de la semana fuera, había que salir, ¡siempre salíamos!

Cuando acabamos la universidad nos prometimos seguir con nuestra amistad, así que acordamos quedar al menos cada dos meses para ponernos al día de nuestras cosas, aunque viviéramos bastante separadas.

Con el tiempo cada vez nos resultaba más difícil. Había tenido mejor suerte que yo al acabar la carrera, y ya llevaba más de un año escribiendo en la redacción del telediario de una televisión privada en Madrid, con lo que no tenía mucho tiempo para poder subir a ver a su familia y menos aún para ver a las antiguas amistades. Así que cuando me dijo que este fin de semana vendría a visitar a su familia y que podríamos vernos, sabía que tendría que trabajar a toda prisa formando un buen equipo en aquella trastienda para poder recordar una de las muchas tardes que habíamos vivido en Santander.

—¿Te importa si vamos a dar un paseo por esa calle? Me han dicho que han abierto una tienda nueva y tengo que ir a verla.

Recuerdo que me propuso mientras me ajustaba la coleta.

—Claro.

Pero no sabía a qué tipo de tienda se refería Nerea.

—Un sex shop a sólo dos calles de la casa de mis padres. Creo que mi tarjeta va a comenzar a tener miedo cuando venga a Santander de visita —se ríe.

—¿No tienes suficientes juguetes todavía? —dije asustada, pero riéndome. No era la primera vez que frecuentaba

una tienda de juguetes para adultos con ella—. Hace poco te acompañé a comprar una mariposa.

Nerea siempre se había declarado muy abierta en cuanto a sexo se refería. No tenía miedo de disfrutar de su sexualidad en pareja y mucho menos de experimentar y probar cosas nuevas individualmente. Así que durante nuestra época como universitarias, cada vez que me surgía alguna duda sobre sexo, recurría a ella.

—¡Uy! Y la semana pasada adquirí dos nuevos para la colección.

—No cambias ni con los años.

—El sexo sólo mejora con los años y la experiencia —me guiña un ojo—, pequeña.

Yo le sonrío.

Igual es buena idea ir a un sex shop y renovar alguno de mis juguetes. Creo que va siendo hora de retomar las «viejas» costumbres.

—Aquí es.

Nos paramos frente a unos escalones y dos puertas moradas con el cristal tintado. Subimos los tres escalones y entramos. Dentro nos encontramos otra puerta y a un costado un ordenador que en su pantalla pedía el número de DNI para verificar que tuvieras más de dieciocho años. El pequeño *hall* estaba oscuro. La única luz que había emanaba de la pantalla del ordenador situado en la esquina del lado derecho de la pared.

Pienso para mis adentros en que creo que es el primer sex shop que visito en el que un ordenador me pide mi número de DNI para entrar. Pero me parece súper divertida la entrada a este. Por lo menos original sí que es.

Me adelanto unos pasos a Nerea y me pido ser la primera, ya que estoy ansiosa por entrar. Introduzco mi nombre, apellidos, DNI y pulso *enter*. El ordenador verifica mis datos y permite mi entrada. En la pantalla sale un mensaje.

«¡Bienvenida! Ya puedes entrar a disfrutar».

—Gracias —respondo con una voz aguda y de vacile haciendo una reverencia ante el ordenador.

Acto seguido se escucha el engranaje de una cerradura abrirse tras la puerta a la vez que se iluminan las manillas de la puerta.

Una tiene la forma de una vagina abierta y hay que meter la mano dentro del agujero para girar el pomo. Y la otra es un miembro erecto de plástico, que va cambiando de color como las luces de un árbol de Navidad.

Nerea y yo nos miramos y por mucho que aguantamos, no podemos evitar dejar salir unas carcajadas de nuestras bocas. Ahora entiendo la oscuridad en la habitación. Es una forma de utilizar el factor sorpresa con los clientes. Sólo por esto recomendaría hacer una visita al local. Puede que no compres nada, pero las risas las tienes aseguradas.

—¡Voy a tocar el primer coño de mi vida! —Vacilo mientras he decidido reírme de mí misma eligiendo la manilla con forma de vagina—. ¡Te veo dentro!

—Cuando cruzo la puerta, me encuentro con un pasillo de unos dos metros, iluminado con una tenue luz verde. Sus paredes están decoradas con imágenes eróticas y pornográficas, hay un sofá bastante antiguo y diferentes juguetes. Voy observándolos uno a uno y me detengo a tocar uno que tiene forma de lo que te colocan en el hospital cuando te ponen oxígeno. Me lo acerco a la boca y me lo pongo.

—Eso no es para respirar. Es una bomba vaginal —por mi cara mi amiga entendió que no conocía este juguete—. Se coloca en la vagina y con la bomba se va succionando. Te hincha los labios y el clítoris. Ya sabes —enarca las cejas y sonrío—, se ven más grandes.

—¡Ah! Interesante. —Sí que estoy poco actualizada sexualmente.

—A muchos tíos les pone. —Levanta los hombros restándole importancia al asunto—. ¡Mira, ven! Esto de aquí es más interesante. —Me pongo a su lado y miro la foto que me señala—. Aquí hay servicio de cabina para los hombres.

—Y mamadas para quien quiera —confirmo a la vez que mis ojos y yo nos quedamos petrificados. Debo ser una mojigata—. Pensé que lo de las cabinas sólo existía en las películas.

Entonces empecé a comprender el motivo por el que un sex shop pide que autentifiquemos con nuestros datos personales la entrada al mismo como se hace en los bingos.

Durante unos segundos ella continúa observando fotos mientras yo me he quedado clavada delante del cartel que anuncia que tienen cabinas para hombres.

—Esto me recuerda a una película que vi hace unos años. Iba de una señora mayor que se mete a trabajar haciendo pajas. No es que su trabajo fuera «pajas a veinte dólares». Pero, eso —Nerea se vuelve hacia mí y me mira—, que la señora se dedicaba desde dentro de una habitación a masturbar a los hombres para ganar dinero para su nieto enfermo creo que era. Bueno, tampoco es que importara mucho quién fuera el enfermo.

—Es una historia bonita. ¡No conozco la película! Pero me parece fatal ¿Y para las mujeres nada? —finge resignación.

Nos miramos y volvemos a reír.

—Es en serio —sigue riendo—. ¿No te has parado a pensar que casi todo el porno que se graba y comercializa va dirigido a los hombres? Siempre los mismos planos.

—En eso estoy de acuerdo. No sé qué manía u obsesión tienen los directores con hacer que los tíos se corran en las caras de las actrices. Pero en los últimos años se está haciendo cine porno más erótico. ¿Cómo decirlo? Para un público femenino.

—¿Has visto? Eso confirma mi teoría. Los hombres son totalmente de otro planeta. Tenían que probar un día como jode cuando se te mete una gota de semen en el ojo. ¡Eso sí que pica!

Río a la vez que miro a Nerea con cierta nostalgia. ¡Cómo he echado de menos a la jodía!

—Bueno, ¿qué? ¡No me mires así! Alguna vez hay que complacer a tu pareja.

—No te miraba por eso, pero podrías haberlo omitido. ¡Tira, anda!

Salimos del pasillo y entramos en la tienda. Es enorme. Gigante. Nada más entrar, te encuentras con un cartel que

señaliza las diferentes áreas al igual que hacen las grandes superficies comerciales y con dos cajas de pago a cada uno de los lados. La mujer que ocupa la de la derecha es bastante madura y enseguida nos da las buenas tardes.

Andamos juntas hasta la zona de vibradores y en ella nos separamos. Nerea quiere mirar lencería erótica y yo prefiero indagar por ahí.

Pero ¡cuánto material, por favor!

Comienzo a pensar que la adquisición de un nuevo juguete va a ser una elección difícil. Los hay de todos los colores: rígidos, gelatinosos, tamaños XXL o reales. De látex, silicona, PVC, acero quirúrgico...

Voy tocando los que me llaman la atención a la vista o causan curiosidad en mí por sus encantos. Los pruebo en mi mano. Ya puesta a gastar dinero quiero algo fuera de lo común. Descomunal. Con mucha potencia y grande. Y, además, lo quiero elegir yo solita sin necesidad de que ningún dependiente me ayude, aunque ahora que lo pienso seguro que la señora cincuentona que estaba en una de las cajas de la entrada me explicaría las diferencias con mucho gusto.

Me doy la vuelta para ir a otra estantería y estoy tan eclipsada en lo que veo que me llevo a una muñeca por delante y me precipito al suelo con ella.

—¡Cuidado! —dice un hombre.

Y siento unos brazos que me sujetan con fuerza impidiendo que mi cuerpo llegue a caer al suelo.

—Buenas —me sonrío.

—¡No me lo creo! ¡Aquí también hacen un café fuerte e intenso? —Mí cara de paleta asustada mientras me sostiene entre sus brazos seguro que es un poema.

—¡Ah! Pero —frunce el ceño pensativo— ¿no vienes a preparar cafés aquí? Iba a pedirte uno ahora mismo.

Le doy las gracias mientras me reincorporo con su ayuda y me pongo en pie tras unos segundos algo incómodos.

—Uno no. ¡Dos!

—Prefiero uno bien hecho. —Su tono de voz se vuelve muy sensual y me mira de una forma muy, muy fija—. Pero no creo que me vayas a servir un café aquí. ¿Puedo

ayudarte? –pregunta el muy descarado– ¿No sabes que comprar?

—Sólo echaba un vistazo. –Intento zanjar el tema lo antes posible—. He venido a acompañar a una amiga, pero la he perdido. –Si detrás del mostrador, cada vez que le atiendo, siento cómo un agujero se abre en el suelo bajo mis pies gracias a lo nerviosa que me pone, aquí con solo un pestañeo de sus ojos podría volatilizarme.

Mientras le miro a los ojos, él cruza los brazos sobre su pecho y separa sus piernas para estirarse ante mí a la vez que se roza un labio con el dedo índice y el pulgar de la mano derecha.

—No debería darte vergüenza admitir que has venido a comprar un juguete para uso personal. ¿Quizá para compartir? Puedo recomendarte –me agarra de una muñeca atrayéndome hacia él– uno si quieres.

Nuestro contacto visual sigue intocable y yo me dejo hacer.

—No, gracias. –Mi voz suena como un susurro aunque pretendo sonar normal.

—¿De verdad? –En su tono, sin embargo, aprecio cierta diversión.

—Gracias. –Me suelto de su mano apartando mi mirada de sus ojos—. Pero sé muy bien lo que me gusta.

—¿Seguro?

—¿Cómo? –Le devuelvo la mirada y aunque no tenga un espejo enfrente, estoy segura de que tengo los mofletes del color de las fresas. No me gustan en absoluto estas libertades que se toma conmigo, ya que me incomodan a un nivel que no sabría explicar—. ¿Qué es lo que has dicho?

—¿Que si estás segura de saber lo que te gusta?

Retiro mi mirada de sus ojos perdiendo la visión de ellos para recuperar la poca fuerza que me queda escondida y suelto una carcajada mientras me muerdo el labio inferior sin intención alguna. Sólo es una vieja manía.

—¿Acaso vas a enseñarme tú lo que me gusta? –Lo miro y pongo los ojos en blanco.

—Podría. Pero te harías adicta a mí.

—Podríamos probar. Me encantan los retos y más cuando dudan de que pueda lograrlo.

—¿Segura, mujer patosa?

Voy a contestarle y decirle cuatro cosas justo cuando Nerea aparece y saluda:

—Perdón. Igual interrumpo.

—No, Nerea. Iba a buscarte yo. Él ya se iba.

—Bueno, pues hasta el lunes. —Me extiende su mano.

—Hasta el lunes. —Le estrecho la mano y al tocarle siento un latigazo de electricidad como el que sentí el primer día que lo vi en la tienda, pero él no deja que me suelte y todo se vuelve más intenso.

—Puedes llamarme Kevin.

—Sophie. —Le digo mi nombre mientras lo miro embobada sin que él deje de sacudir levemente mi mano.

Después me suelta, dice adiós a Nerea, quien se aprovecha de la situación para plantarle dos besos en las mejillas, y desaparece. Yo me quedo paralizada. No sé muy bien qué es lo que ha pasado.

—¿Quién era ese? —Mi amiga se pone enfrente para sacarme de mis pensamientos, que ya se han ido muy lejos—. Es un cuarentón muy atractivo y te comía con la mirada.

—¿Tú crees? Yo no le echo más de treinta y seis. —Agito la cabeza para alejarlo definitivamente de mis pensamientos—. Es un cliente.

—¿Aceptáis mi currículum en la tienda? Con clientes así yo también amaso pan —vacila— y lo que haga falta.

—Te lo cambio cuando quieras. Además, mira que no eres lista ni nada ahí dándole dos besos y todo, ¡ja, ja, ja!

—Yo es que cuando veo oportunidades, me digo que no hay que desaprovecharlas. Pero oye. ¡Qué romántico! Ya tengo el perfecto titular: *El cliente*. Un film protagonizado por Mila Kunis y Noah Mills. Ella, una joven estudiante de periodismo. Él, un bombero dispuesto a apagar los fuegos que pueden causar graves incendios.

—¡Calla, tonta!

La suelto una colleja suave en broma que Nerea recibe con un falso quejido.

—Ya sé lo que me dices... ¡Le gustas! Esos ojos esconden algo. Te miraba con deseo. Lo sé muy bien. Conozco esa mirada mejor que a mí misma. Todos los hombres la usan cuando desean a una mujer.

—¡No digas tonterías! —La miro exasperada.

—No las digo. Soy realista. ¿Cuánto tiempo llevas sin mojar?

—¡Demasiado! —respondo apenada. Ya no recuerdo cómo fue la última vez que estuve con alguien—. ¿Medio año?

—Tírale los tejos cuando vaya a comprar el pan. ¿Qué es lo peor que puede pasar? ¿Que te rechace?

—Más que pan, lo que coge todos los días es un café solo, corto, fuerte e intenso.

—¡Madre mía! Esto es peor de lo que pensaba. —Mi amiga por poco se atraganta por la risa—. ¿En serio, Sophie? ¿De verdad que te pide un café de esa forma? Pues sí que es sexi, sí. ¿Sabes si hace fiestas de cumpleaños? Tengo una dentro de poco.

—¡Mongola! —Le doy de nuevo en la cabeza un capón, mientras nos reímos a la par—. ¿Sabes que me estás poniendo nerviosa?

—«Fuerte» —se recrea en esa palabra mientras coge un vibrador de la estantería, lo examina, sonríe— e «intenso» —y lo apoya en mi bragueta con algo de presión.

—¡Anda, deja eso y vamos a pagar, soñadora!

—Y tú una ilusa.

—Mira, que te doy otra vez, ¿Eh?

—Tienes tú la mano muy larga me parece a mí, ¡ja, ja, ja!

Mi amiga había dado en el clavo al decir que esa mirada escondía algo. Yo había tenido la oportunidad de ver esa miel que baña sus ojos, y no sé por qué, pero desde el primer día que los miré fijamente, me gusta comparar su brillo con el que desprende la miel cuando la sacas del tarro. Puede que sea porque me recuerdan a una piedra de ámbar que en su interior, a veces, esconde sorpresas que se petrificaron en un instante, como si un muro se hubiera reconstruido en segundos a su alrededor impidiendo ver el

paso del tiempo. Pero a pesar de no saber qué se escondía tras esa frialdad que envolvía su mirada, había algo en mí que me decía que debía ir en busca del significado que ocultaba el misterio de sus ojos.

3

Salgo al mostrador aproximadamente a las once de la mañana del lunes. Sobre esa hora suele venir nuestro moreno más intenso. He pedido a mi prima que me sustituya en la cocina un rato aprovechando que en la tienda no hay nadie, y no me he equivocado al hacerlo. Sólo llevo unos minutos en tienda cuando suena la campanilla que tenemos colgada en el techo sobre la puerta.

—Buenos días —saluda.

Siempre con esa media sonrisa casi imperceptible que todavía no he logrado averiguar si es la expresión de su cara o solamente soy yo la que quiere imaginarla en sus labios. Me gustaría pensar que en los pocos días que llevo atendiéndolo, él también ha sentido algo. Aunque no tengo ni idea de qué es ese algo que siento.

Nada más entrar por la puerta, como cada día, nuestros ojos se han buscado. Me cuesta mantenerle la mirada, pero me esfuerzo mucho y lo consigo casi siempre. No quiero que me vea amedrentarme, aunque me desgaste en el intento.

Llega a la altura del mostrador en la que me encuentro y se coloca frente a mí.

—¿Qué deseas hoy? —Pongo un matiz especial en la palabra.

¡Soy tonta! Esa pregunta no ayuda nada a mi concentración. Debería de empezar a hacerla de otro modo.

—Algo intenso y fuerte. ¿Puedes darme algo así?

Y su respuesta tampoco ayuda. Podría volverme loca con sólo esas dos palabras.

Sus ojos me confunden. A ratos parecen dulces como la miel. En otras ocasiones veo en ellos frialdad. Como cuando la miel del bote se espesa y hay que ponerla al baño maría. Pero lo que no puedo negar es que me atrae hacia él con su mirada.

Doy unos pasos hacia atrás para apartarme de él y, cuando me choco con la estantería, un cruasán de una de las bandejas que hay en alguna balda cae sobre mi cabeza. Así que al recibir esa señal divina, dejo de hacer el tonto y camino como una persona normal hasta la cafetera. Tiro su dichoso café intentando no mirarle y pensando que él tampoco lo hace para mantenerme serena, pero no sirve de mucho. Luego tapo el vaso y se lo llevo.

—¿Está a su gusto?

Lo prueba. Como siempre, lo toma sin azúcar. Amargo. Como él parece a veces.

Una gota de café se queda abrazada a su labio y me cautiva con su brillo. Abro los ojos más y mis labios se separan como ocurre en los microsegundos previos y excitantes a dar un beso, que siempre se hacen eternos. Algo parecido a lo que le ocurría a Edward Cullen, el vampiro más famoso de los últimos años, cuando olía la sangre de Bella. Cómo desearía ser yo quién la limpiase de sus labios.

No sé qué me está pasando estos días, pero todo me excita.

En ese momento, mi prima regresa llamándome.

—¡Perdón! No sabía que había gente —sonríe mientras se ajusta las gafas que esconden sus ojos azules.

Justo en el momento oportuno para hacer que baje de las nubes, ya que no soy un vampiro ni puedo volar a la velocidad de la luz para robar esa gota de sus labios sin que se dé cuenta.

—Perfecto. Hoy no quiero nada más. ¡Cóbrame!

Me acerca un billete y lo cojo. Al ir a guardar el billete en la caja del dinero me percató que hay un número junto a su nombre escrito en una esquina. Levanto la vista al frente y confirmo mi sospecha. Sus ojos fríos y fijos en mí se muestran

expectantes. Puede que sea debido a que está más pendiente de mi reacción de lo que acostumbra. Estaba claro que no era un billete escrito al azar. Kevin había apuntado su número de teléfono en el billete para mí. Sus ojos escrutaban mis movimientos, mientras con mucha tranquilidad se bebía su café del vaso de cartón.

Es como un iceberg. Debería ponerle ese mote. Se lo diré a mi prima la próxima vez que hable con ella sobre Kevin.

Guardo el billete. Lo pongo a buen recaudo en el bolsillo de mi delantal con mucho cuidado para que Carla no me vea, aunque no es necesario que me preocupe pues está despachando a dos señores que acaban de sentarse en una de las mesas. Le doy sólo parte de las vueltas mientras intento contener una sonrisa inocente que quiere salir de mí.

—Muchas gracias.

Pero no lo consigo y acabo sonriendo mientras alargo mi mano para darle las monedas que faltan.

Kevin las coge, y aunque no mira las vueltas que le doy, sé que ha visto que me he quedado con parte del dinero. Le sostengo la mirada. Estoy segura de que no me va a delatar reclamando el dinero, cosa que hubiera sido más que bochornosa. ¿Quiere jugar? Pues vamos a jugar a ver quién se retira antes. Y a mí no me gusta perder ni a las canicas.

—¡Para el bote!

Sin mirar el dinero que echa, vacía su mano lentamente dentro del tarro de cristal. Me quedo ensimismada viendo caer las monedas lentamente. Como a cámara lenta. Cuando cae la última me apresuro a recuperar el contacto visual con él. Este hombre es todo calma. Tranquilamente con la otra mano termina de beber su café, que en los últimos días le ha dado por tomar aquí dentro.

—¡Delicioso! Fuerte, justo como me gusta. —Deja el vaso de cartón en el mostrador. Y aunque me sonrío, su mirada es fría—. ¡Hasta mañana!

—Sophie, ¿puedes ponerme dos chocolates para esa mesa? Yo serviré los bollos. —Mi prima se aproxima a mí y en un tono más bajo me habla—: ¿Qué es lo que te traes con ese cliente? Siempre se te queda la misma cara de tonta.

La verdad es que eso mismo quisiera saber yo. Aunque lo único que sé es que el primer asalto lo ha ganado él: Kevin 1, Sophie 0.

—Nada. ¿Por qué preguntas?

Todavía estoy mirando la puerta cerrarse tras su salida y respondo por pura inercia, no por que le haya prestado atención a Carla.

—¿A lo mejor porque no dejabais de miraros? Y puede que también porque todavía no le hemos puesto mote —zanja Carla—. Pero no me hagas mucho caso. Seguramente son sólo cosas mías, oye.

—Eso no es problema. —Exhalo todo el aire que tengo dentro—. ¿Qué te parece el Psicópata?

Mi prima me coge de las manos los chocolates que he preparado mientras ella me sermoneaba, los sirve en la mesa y vuelve de nuevo a mi lado. La verdad es que es un poco inevitable pasar por alto que no actuó con él como con otros clientes.

—Estudia a sus víctimas durante el día. De primeras, parece amable, tierno. Se da a conocer de una manera fácil buscando tu confianza. Pero según pasa el tiempo sus visitas se volverán pesadas, insistentes. Hasta que una noche persigue a su víctima en el trayecto del trabajo a su casa y ¡Zas!, la rapta durmiéndola con cloroformo. Cuando la víctima despierta, se encuentra atada. Tal vez su ropa incluso ha desaparecido.

—Nuestro psicópata disfruta torturando a sus víctimas. —Mi prima se anima a continuar mi historia—. Atándolas, humillándolas, colgándolas. Y cuando se cansa de ellas, se deshace de sus cuerpos dejando que se los lleve la marea con la resaca de la madrugada.

—¡Guay! Nuestra mente está desaprovechada. ¿Sabes, Carla? —Le paso la mano por encima del hombro—. Deberíamos escribir una novela —nos echamos a reír—. Aunque también puede ser Iceberg o Iceman.

—¿Por?

—Por su mirada... turbia como un hielo que se quedó olvidado en el fondo del congelador durante demasiado tiempo.

—Me quedo con Psicópata. —Mi prima me da en el hombro jugando—. Además, estoy pensando que a partir de ahora me esconderé en la trastienda en cuanto vea que pone un pie dentro de esta tienda y así lo atiendes tú —ríe.

—Anda. Vamos a trabajar.

—¡Ríete! Pero que conste que te estoy dejando intimidad.

Antes de meterme en la cocina reviso las estanterías de la tienda comprobando que haya de todo.

—Hacen falta panes de aceituna y brevas —digo en alto cuando entro dentro para que mi padre, que hoy está solo en la trastienda debido a que mi tía y mi madre han decidido descansar, me oiga—. No quedan. ¡Voy al baño y te ayudo!

—¡De acuerdo, cielo! ¿Necesitáis que salga a la tienda?

—¡Que va! Hoy no hay apenas trabajo —grito para que me escuche, pues ya me he alejado hacia la zona donde tenemos nuestra ropa y donde están los baños para nuestro uso.

Apuro para coger mi móvil, apuntar el número de teléfono que hay en el billete mientras hago pis y devolverlo dentro de la caja registradora antes de que alguien se dé cuenta de que falta dinero.

El resto de la jornada la paso pensando si debo o no debo escribirle y al final decido que es mejor no hacerlo. Dejarlo estar. Hasta que a la mañana siguiente mi prima entra a la cocina buscándome.

—¿Puedes salir? —pregunta Carla con urgencia—. Ya termino yo esto. —Y casi le falta tiempo para quitarme de un golpe el trabajo de las manos.

No me dice por qué tanta urgencia, pero intuyo que se trata de «nuestro psicópata» y no me equivoco.

—¿Lo de siempre? —le pregunto en cuanto nuestros ojos se saludan sin necesidad de palabras.

Hoy también me pide un surtido de bollería para llevar. Por la cantidad, estoy segura de que trabaja en una oficina cercana y por eso sólo nos visita entre semana.

Lo estoy preparando todo cuando la puerta suena y entra el Semental seguido de Sole.

—¡Buenos días, Sole! ¿Qué tal andamos, Paco?

—Da gusto entrar aquí. Da igual lo deprimido que esté uno, que cuando ve tu sonrisa, se espantan todos los males.

—Me va usted a sacar los colores, Paco.

—¡Bendita juventud! Ay, si tuviera cuarenta años menos...

—Y alguno menos, Paquito. Que esta no es como las chicas esas de los clubes —dispara la Sole quedándose más ancha que pancha.

—Ni caso, Paco. Si está usted perfecto. Habrá que ver cómo llego yo a su edad. Que los de su generación parecen que están hechos de otro material. ¡Perdón! —pido disculpas a Kevin por el inciso—: 17,10 por favor —me vuelvo con seriedad hacia él dejando la sonrisa de la charla en el pasado.

Mientras saca la cartera para darme el dinero, deja su móvil en la encimera con la pantalla desbloqueada. Tic-tac. Tic-tac. Pienso, pienso, y al final actúo. Lo giro hacia mí, abro el teclado numérico, escribo mi teléfono y lo devuelvo a su posición a la vez que cojo su dinero. Y, por cierto, he sido tan rápida que Paco y Sole ni cuenta se han dado mientras siguen peleando en una discusión sin sentido alguno.

—Deja así —me dice cuando le voy a dar las vueltas. Coge su teléfono mostrándomelo y me sonrío—. Para el bote.

¿De verdad que acaba de sonreír? Pienso cuando lo veo alejarse. Este fijo que ha desayunado leche caducada esta mañana...

—¡Hasta mañana!

—Sophie —mi padre me llama sin darme tiempo a recrearme lo suficiente con las vistas que me alegran todas las mañanas—, te está llamando un tal Kevin al móvil.

Le afano el teléfono de las manos a mi padre y me volteo sonrojada a ver los últimos pasos de Kevin dentro del local. Él me mira divertido mientras el móvil sigue sonando en mis manos.

Pero menuda rapidez. No ha salido ni de la tienda y ya me está provocando...

—¡Hasta luego!

Se despide traspasando la puerta con el teléfono puesto en la oreja. En el mío sigue cantando Georgina la letra de su canción *Supermujer*.

Una vez que ya está en la calle observo cómo se queda de espaldas frente a la puerta. Normalmente cuando sale, lo veo girar hacia el lado derecho y desaparecer en el soportal que comunica la Plaza de la Villa con la Avenida Cantabria. Así que descuelgo el teléfono con un mar de dudas y la esperanza de saber a qué quiere jugar.

—¿Si?

—Así que este es tu número. —Escucho su silenciosa risa que me cosquillea la oreja. De pronto comienza a caminar y le pierdo de vista al entrar al soportal.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Me siento la protagonista de una película con mi padre todavía pegado a mi espalda, mientras se limpia las manos en el mandil para desempolvárlas. Carla no es menos y también me observa de reojo sin dejar de trabajar. Es muy incómodo hablar así ya cuando lo haces con alguien conocido, imagina si se trata del cliente guaperas que atiendes todos los días. Cuando me doy cuenta de que va a ser imposible poder hablar dentro de la tienda, decido salir a la calle para estar más tranquila, ya que sólo llevo unos segundos hablando con Kevin y ya me sudan las manos. Así que me aparto el teléfono de la cara y mientras tapo con la mano el altavoz le digo a mi padre que salgo un momento a la calle para que eche una mano a mi prima.

—Fuiste tú quien me dio su teléfono apuntado en un billete. —Salgo fuera y doy unos pasos para poder fisgar si está metido en el soportal sin alejarme mucho de la cristalera de la panadería. Entre tanto noto que mi tono de voz ha cambiado y va ganando seguridad. Seguridad que no podría tener bajo la escrutadora mirada de mi familia. Lo descubro de espaldas cruzando la carretera de la Avenida Cantabria—. Mejor esa pregunta la hago yo. ¿Qué quieres, chico del café?

Termina de cruzar la carretera y, con demasiada calma, se gira para sentarse en el muro de piedra que rodea la Plaza de la Fuente. Estamos el uno frente al otro. Mirándonos en un silencio en el que nuestras respiraciones son las protagonistas.

Aún separados por una carretera de doble sentido, siento que su mirada me atraviesa el alma y me adivina el pensamiento.

—¿Estás segura de que te di el mío? —pregunta rompiendo la calma que nos había precedido.

—Segurísima.

—¿Y a qué se debe tanta seguridad, chica del café?

Vale, no me ha molado nada que me llame «chica del café» y no sabría decir por qué. Sólo sé que no me ha gustado. Pero lo veo sonreír desde el otro lado de la carretera y me encanta. Hace que se me olvide lo mucho que me molesta su arrogancia.

—En la pantalla de mi móvil salió tu nombre cuando, ansioso y sin tiempo de echarme de menos, decidiste empezar está llamada. No hubiera sido así si no fuera tu número el memorizado en la tarjeta, ¿no crees?

¡Ja! Chúpate esa.

Kevin 1, Sophie 1.

—Tal vez. Pero me gusta tu valentía aunque no hayas tenido el coraje suficiente para llamarme. Dime una cosa, Sophie, ¿si no te hubiera llamado, lo habrías hecho tú?

—No me gusta hablar de lo que podría o no haber sido. Pero dime tú, ¿sólo llamas para ver si era yo o vas a decirme qué quieres? No me gusta perder el tiempo —sonríe; estoy segura de que puede verme al igual que yo a él—, y tengo trabajo dentro.

—Sólo una curiosidad. ¿Al final compraste algo en el sex shop?

—¿Me has dado tu teléfono para preguntarme eso? —Me giro dándole la espalda, pero aún puedo sentir su mirada taladrándome. Me incomoda esa pregunta porque en el fondo me siento decepcionada. Me esperaba una llamada para otras cosas, no para saber si me he comprado o no un puto juguete—. No, no compré nada.

—Qué pena...

—Oye, ¿no serás una especie de acosador, no? En plan psicópata y todo eso.

—Si de verdad lo fuera, ¿piensas que te lo diría?

Me río y dudo de si volver a mirarlo.

—Anda. Vuélvete. Creo que no soy tan feo. Y a mí me gusta mirarte.

Las piernas me tiemblan. Me acaba de decir que le gusta mirarme. ¿Toda una declaración de intenciones? Le hago caso y vuelvo a mirarlo. Volvemos a mirarnos fijamente a los ojos. Es muy atractivo.

—¿Aceptarías dar una vuelta conmigo esta tarde?

—Tal vez. Dime el plan y convénceme.

Unos minutos después vuelvo al interior de la tienda. Mi padre ya se ha retirado a seguir trabajando las masas y mi prima, que ha estado mirándome durante el rato que ha durado nuestra conversación al teléfono, se encuentra sola tras el mostrador esperándome con los brazos cruzados y con cara de espárrago.

—¿Se puede saber a dónde o a qué mirabas con tanta intensidad?

—Al futuro, prima. Al futuro.

Y no puedo hacer otra cosa que sonreír por mi cita de esta tarde.